

la fe que tienen, si su ignorancia es invencible, es una fe puramente sobrenatural, que es el fruto de la gracia y puede salvarlos. En cuanto á los sabios de la herejía, la fuerza de la lógica los conduce á destruir lo que hubieran querido dejar en pié; minan un día ú otro los dogmas que ellos mismos habian reconocido al principio como fundamentales, y llegan por último á un protestantismo tan completo, que no se distingue del racionalismo mas que en el nombre. No os presento pruebas; esta es una historia demasiado visible para los ojos menos ejercitados, y así me apresuro á concluir reasumiendo todo lo dicho. Ni en las sectas cristianas, ni en los cultos paganos, ni en ninguna otra parte, fuera de la doctrina católica, se produce la certidumbre racional respecto de las cosas divinas. Solo nosotros la poseemos, y como no hay certidumbre en el error, sino solo en la verdad, la doctrina católica es la verdad.



SERMON DÉCIMOQUINTO.

De la repulsion producida en el espíritu por la doctrina católica.

MONSEÑOR :

Señores :

CUANDO el viejo patriarca Jacob estaba sobre su lecho de muerte, reunió en derredor á su posteridad; y abriéndole para su instruccion y la nuestra el vasto campo del porvenir, dijo á uno de sus hijos que se llamaba Judas : *No será quitado de Judá el cetro, hasta que venga el que ha de ser enviado, y él será la expectation de las gentes* (1). Así, el primer carácter por el cual Cristo hijo de Dios, hecho hombre, fué expresamente designado en las profecias, fué el ser la esperanza de las naciones. Y mas tarde, al fin de la edad profética, otro de los enviados de Dios decia : *Aun falta un poco, y moveré el cielo y la tierra, y vendrá el deseado de todas las naciones* (2). Y sin embargo, Señores, otro profeta clamaba tambien con estilo bien diferente : *¿ Porqué bramaron las gentes, y los pueblos meditaron cosas vanas ? Asistieron los reyes de la tierra, y se mancomunaron los principes contra el Señor, y contra su Cristo, y dijeron : Destricemos sus atadu-*

(1) Génesis, cap. 49, vers. 10.

(2) Profecía de Ageo, cap. 2, vers. 8.

ras, y sacudamos de nosotros su yugo (1). Cristo, pues, está designado á la vez bajo estos dos caractéres contradictorios de ser la esperanza y el amor de los pueblos y objeto de su furor y de sus conjuraciones.

Cuando Jesucristo fué presentado al templo, ¿cuál es la primera palabra, cristianos y Señores, hombres de la Iglesia y hombres de este siglo, que podeis leer, aunque con pensamientos diferentes, en la historia de que sois hijos, y que aun se forma hoy por vuestras propias manos, cuál es la primera palabra que se le dijo? Un anciano tomó en sus manos aquel niño que acababa de nacer, le contempló con un amor del cual ningun amor humano puede dar idea, y pronunció delante de su madre esta frase: *Hé aquí que este es puesto para ser la ruina y la resurreccion de muchos en Israel, y para señal á que se hará contradiccion* (2). Y en fin, cuando este niño, ya mas crecido, rociaba el mundo con sus sudores divinos, dirigiéndose á los pescadores que habia elegido por discipulos, les revelaba en estos términos su propio destino, y el destino de todos sus sucesores: *No penseis que vine á meter paz sobre la tierra, sino espada; porque vine á separar al hombre contra su padre, y á la hija contra su madre, y á la nuera contra su suegra, y los enemigos del hombre serán los de su casa. — El hermano entregará á muerte al hermano, y el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y los harán morir, y seréis aborrecidos de todos por mi nombre* (3). Y la vispera de su muerte, les decia: *En el mundo viviréis en medio de las persecuciones; mas tened confianza, que yo he vencido al mundo* (4).

Señores, ved aquí las profecias, ved lo que estaba

(1) Salmo 2, vers. 1 y siguientes.

(2) S. Lucas, cap. 2, vers. 34.

(3) S. Mateo, cap. 10, vers. 35 y 36, 21 y 22.

(4) S. Juan, cap. 16, vers. 35.

escrito antes de los hechos, y vosotros sabeis la historia; pero acaso no habeis meditado esta historia; acaso no conoceis completamente la guerra que se nos ha hecho. Hijos de esta guerra, nacidos sobre este campo de batalla, esgrimis contra nosotros el escudo y la espada, y sentimos á todas horas los golpes que sobre nosotros descargais. No obstante, oid la narracion de vuestra gloria pasada; asistid, para animaros, á lo que hicieron vuestros mayores, á fin de que habiendo resistido nosotros mismos á todos sus esfuerzos, gocemos ahora delante de vosotros del placer de nuestra victoria. Este orgullo nos es lícito: permitido le era á un espartano, traído á Esparta sobre su escudo, regocijarse de su patria en su postrer suspiro.

Quiero demostraros que si la doctrina católica produce en el espíritu humano una certidumbre racional, como hemos visto, produce tambien una viva repulsion; de modo que siendo el fenómeno complejo, no basta haber examinado una de sus partes, si no examinamos tambien la otra, para buscar las causas y deducir una consecuencia.

Hay tres razones que gobiernan el mundo y que reasumen la razon total de la humanidad, á saber: la razon de los hombres de Estado, la razon de los hombres de genio, y la razon popular.

La razon de los hombres de Estado es naturalmente una razon elevada y religiosa. Si, Señores, en medio de vuestras preocupaciones de esta época, acaso os sorprende lo que digo; pero es cierto que la razon de los hombres de Estado es una razon elevada y religiosa. Es una razon elevada, porque cuanto mas alto se encuentra uno, mas ve; el que está sentado al timon, tiene revelaciones que desconoce el pasajero dentro de su camarote; y cuando tiene uno no solo los hilos del gobierno de una nacion, sino tambien

esos hilos que están tejidos y mezclados con todos los que componen el conjunto del movimiento general de la humanidad, conoce por una parte las dificultades, y por otra su propia debilidad. He leído en alguna parte que uno de los hombres que gobernaron la Francia á fines del último siglo, conversando familiarmente con un amigo suyo, se asombraba de la irradiación que se había formado en su entendimiento á los tres días solamente de habitar en el Luxemburgo, y de tener en sus manos los destinos de la Francia. Cuando tiene uno sobre su bufete los hechos, las proposiciones, las ideas, los intereses que agitan á la humanidad; cuando es forzoso regularizarlos, responder á ellos, tomar sobre sí la responsabilidad, ligar á esta responsabilidad su nombre, entonces, Señores, entonces se eleva uno como á pesar suyo. No hay hombre llamado repentinamente á los negocios públicos, que al pasar de su casa á un palacio no sufra cierta mudanza ó transfiguración. Y si no es así, prueba una medianía tan desesperada, que hasta la mano de Dios tendría apenas habilidad bastante para sacar partido de ella.

Es también una razón religiosa la razón de los hombres de Estado, porque la primera cosa que siente uno cuando es llamado á gobernar una nación, es la impotencia en que se encuentra de gobernarla: porque no se gobierna á los hombres sino con la fuerza ó con las ideas; la fuerza es un instrumento que vacila fácilmente; y respecto de las ideas, ¿cuál es el hombre que puede imponer ideas á sus semejantes, y que no ve que posee anteriormente dentro de sí mismo una multitud de ideas preexistentes, contra las cuales no puede nada? ¿Qué hace entonces? Llama á Dios en su ayuda, le coloca á su derecha, hace como Licurgo, como Minos, como Numa, habla en nombre de Dios; dice que él no es más que ceniza y

polvo, que él no tiene más que las ideas de los hombres, pero que Dios se halla encarnado en él hasta cierto punto; y aun cuando no lo creyera religiosamente hablando, lo cree fatalmente hablando, y no penseis que sea por una vil hipocresía, no: todos los hombres de Estado, con muy cortas excepciones, creen sinceramente en la necesidad de Dios, y dicen como Voltaire: *Si Dios no existiera, fuerza sería inventarlo.*

Pues bien, Señores, esa razón de los hombres de Estado, razón elevada y religiosa, ha estado desde un principio en contra de nosotros. No solo eran hombres de Estado como Nerón y Tiberio los que nos perseguían, sino hombres de Estado como Trajano y Marco Aurelio, es decir, hombres que en el fondo tenían un carácter grande y generoso, y acreditaban un verdadero genio en el gobierno de los negocios romanos. Estos hombres fueron contra nosotros; y lo mismo aconteció con la mayor parte de los hombres de Estado del bajo imperio. Después del bajo imperio vino el santo imperio romano; y su historia, con muy pocas excepciones, es la de una lucha perpetua con la Santa Sede y la Iglesia católica; después vino el siglo XVI, en que la conjuración de los hombres de Estado contra la Iglesia de Cristo la hizo desmoronarse en parte de Europa. Por último, todo el mundo sabe, y lo digo sin entrar en pormenores y con todo el respeto debido á los poderes de la tierra, todo el mundo sabe que hoy día la mayor parte de los hombres de Estado de Europa son hostiles á la doctrina católica, y la combaten por cuantos medios están á su alcance. Ahora bien, Señores, este es un fenómeno extraño, y que no tiene ejemplo en otra parte: buscad en el paganismo un solo hombre de Estado que lo haya combatido; buscad en el mahometismo un solo hombre de Estado que haya sido su

enemigo; buscad uno en el cisma griego, en el protestantismo, en las sectas cristianas, y no descubriéis uno solo, yo os lo aseguro. Y entre nosotros, en nuestro propio seno, los hijos que hemos bautizado, que hemos alimentado, se han sublevado contra esta doctrina de su nacimiento y de su nacion, que vivificaba, que formaba toda la historia del pueblo que debian regir. Repito que este es un fenómeno prodigioso.

Lo mismo sucede con la razon de los hombres de genio. ¿Qué es el genio? Es un alma en la que la imaginacion, la inteligencia y el sentimiento se hallan en una proporcion elevada, y en ecuacion exacta: es un alma que tiene una vista penetrante de las ideas, que las encarna prodigiosamente en el mármol, en el bronce, en la palabra, y en ese polvo que llamamos escritura, comunicándoles tambien un movimiento de corazon para trasmitirlas vivas al corazon de los demás. El genio es con la conciencia la mas bella dotacion de la humanidad; se puede despojar al hombre de su poder, de su fortuna; pero el genio es invulnerable como la conciencia.

Solo por esta definicion concebis que el genio es una razon elevada y religiosa. Porque ¿qué quereis que vean los hombres de genio, sino lo infinito? Esperais que el genio adopte por su pais natal la materia? ¿Creeis que habitará el genio entre los insectos y los astros, entre esas dos extremidades de las cosas visibles, y que se acuartelará allí, y se acomodará con esta herencia? ¡Ah! que una ciencia fria y muerta adopte la materia por dominio, ese es su destino; pero el genio no aceptará nunca la cárcel de la materia; siempre traspasará los mundos; siempre dirá como Lucifer: Me levantaré del lado del Aquilon sobre la montaña, y colocaré mi trono al lado del trono de Dios. Por esto mismo es una razon religiosa;

porque cuando uno se halla en tal altura, cuando se llega á Dios, se está en la religion. ¿Y qué es lo que impide comunmente ser religioso? Una pequeñez de espíritu hija del mundo presente, una frialdad de alma que no puede sentir el amor de Dios, que sufre cuando se dice que Dios se hizo hombre y murió por nosotros. Pero el genio en medio de las llamas que le devoran comprende que Dios se haya hecho pequeño, y que haya muerto: nadie comprende mejor la humillacion voluntaria que el espíritu elevado; por eso los espíritus sublimes de la antigüedad han respetado y propagado la fe religiosa. Leed á Homero, á Sófocles, á Platon, á Aristóteles, á Virgilio, á Plutarco, á Ciceron, y no encontraréis una sola palabra irrespetuosa para los dioses: saltando por encima de la superficie del culto de su época, explicaban en sus escritos sentimientos tan profundamente religiosos, que muy á menudo los Padres de la Iglesia han citado al lado del Evangelio máximas y pasajes tomados de los poetas, de los oradores, de los historiadores y de todos los genios ilustres de la antigüedad.

Sin embargo, Señores, los hombres de genio han sido nuestros contrarios desde el primer momento del cristianismo. Sabeis los ataques de los filósofos de Alejandria, y despues la sucesion de los heresiarcas Arrio, Focio y Lutero. Esto no era sin embargo mas que el prelude: paso rápidamente sobre estos hechos, para llegar al hecho capital, á esa conjuracion de los hombres de genio que se reunen para declarar la guerra al cristianismo, llamando en términos propios al Hijo de Dios, delante de quien debe doblarse toda rodilla sobre la tierra, en el cielo y en los infiernos, llamándole con el nombre de *infame*, convocando á toda la humanidad para destruir sus altares, y la Europa respondiéndole á esta conspiracion de la incredulidad constituida en una verdadera

potencia. Este hecho no se ha visto en ninguna otra parte, ni entre los paganos, ni entre los mahometanos, ni en ninguna otra religion, por miserable que fuese; es particular al cristianismo, y seguramente tengo derecho de sorprenderme, y de exigir tambien que os sorprendais vosotros.

Llego, Señores, á la razon popular. La razon popular es el buen sentido práctico de la vida. El pueblo no estudia, ni estudiará nunca, el pueblo no es sabio ni lo será jamás. Dios, en cambio de la filosofia y de la ciencia, le ha dado un instinto de la vida, y sabe discernir hasta cierto punto en todo lo que le rodea lo verdadero, lo bueno, lo útil. Un pobre jornalero en su tienda se dejará sorprender por vuestra filosofia; pero cuando se trate de dar maestros á sus hijos, no se engañará, irá en derechura al verdadero maestro, y elegirá algun religioso oculto bajo un hábito acaso despreciado.

Ved aquí lo que se llama la razon popular. Esta razon es la que salva al mundo cuando los hombres de Estado y los hombres de genio faltan á su mision y hacen traicion á la causa de la humanidad haciéndosela á la causa de Dios. Esta es la razon de los hombres de trabajo, del jornalero, del pobre, que se opone al extravío de los hombres de Estado y de los hombres de genio. ¡ Oh pueblo á quien Jesus amaba! ¡ oh pueblo! yo te bendigo porque has recibido de Dios bastante entendimiento é instinto para luchar contra la traicion de tus señores, cuando abusan contra tí de su dignidad y de su fuerza! Y sin embargo, Señores, esta razon popular se ha vuelto contra nosotros, y esto es lo que me sorprende mas que todo; porque se concibe que Dios humille á un príncipe, que le retire la luz para castigar su orgullo, que acabe de humillar á un hombre de genio extraviado: pero que se haya podido engañar á este pobre

pueblo, desnaturalizar sus instintos, que se le haya podido persuadir que la Iglesia, que ha venido á ensalzarle, que ha desterrado la servidumbre, queria esclavizarle; que se le haya podido persuadir de lo que no se ha podido persuadir á los paganos, á los mahometanos, á los protestantes, á los salvajes; que se le haya podido persuadir que le era lícito destruir los altares de nuestro Señor Jesucristo, que los haya demolido, que haya hollado con sus plantas esos Santos, esos patronos cuyos nombres habia recibido en el bautismo; que haya profanado hasta los tabernáculos en que reposaba sin defensa el objeto de sus adoraciones en el dia anterior, ved aquí lo que es inexplicable, ved aquí lo que se ha observado en la Iglesia católica, y lo que no se ha visto en ninguna otra parte alguna.

¿ En qué consiste que la razon de los hombres de Estado, la razon de los hombres de genio, la razon popular se hayan levantado contra la doctrina católica? Cuando digo la razon de los hombres de Estado y de los hombres de genio, no incluyo á todos, pues hemos contado en nuestras filas hombres de esa clase. Al lado de Trajano, de Diocleciano y Juliano, se ve á Constantino, á Teodosio, á Carlo Magno, á S. Luis, á Fernando el Católico y tantos otros; al lado de Celso y de Porfiro se ve á S. Agustin, á S. Gregorio Nacianceno, S. Basilio, S. Juan Crisóstomo, S. Buenaventura y tantos otros que no quiero nombrar, por no acercarme demasiado á los grandes nombres de nuestra época; porque si me acercase, no podria excusarme de saludar á ese ilustre veterano, príncipe de la literatura francesa y cristiana, sobre quien parece haber pasado ya la posteridad. ¡ Hasta tal punto se respira el perfume y la paz de la antigüedad en su gloria! Yo lo reconozco sin trabajo; si la doctrina católica ha tenido por adver-

sarios á los hombres de Estado y á los hombres de genio, cuenta tambien muchos que le fueron adictos; si el pueblo ha destruido sus templos, tambien el pueblo es el que los ha levantado: mas no por eso deja de subsistir el problema, ni es menos intrincado. ¿Porqué hay, pues, en la humanidad dos razones en lucha? ¿Somos acaso como Panteo, cuando herido por los dioses veia dos Tebas en la Grecia y dos soles en el universo?

Es constante que la doctrina católica impele el espíritu humano hasta la certidumbre racional de la verdad; es constante tambien que suscita en él una oposicion formidable. Las tres razones que reasumen la razon total de la humanidad, todas tres naturalmente elevadas y religiosas le hacen una guerra encarnizada; pero todas tres le sirven y le adoran. ¿Cuál es la causa de tan extraño antagonismo? ¿Consistirá en que en el fondo repugna al espíritu humano toda doctrina religiosa? No, que nunca ha vivido sin doctrina religiosa. ¿Consistirá en que la doctrina católica tenga un carácter inmoral? Pero todo el mundo conviene en que es mas pura que otra alguna. ¿Consistirá en que oprime á la humanidad? Pero la dignidad de las clases pobres y la libertad de todos no se han desarrollado sino bajo su influencia. Por lo menos la doctrina y el sacerdocio católico valen tanto como la doctrina y el sacerdocio egipcios, griegos, romanos, musulmanes, los cuales nunca han sido aborrecidos ni perseguidos en su propia patria. Ni la cuestion estaria todavia resuelta, aun cuando se concediera la verdad de todas estas censuras, porque no se trata solo de saber cómo y por qué la doctrina católica es rechazada por el espíritu humano, sino tambien cómo y por qué es á la vez rechazada y aceptada. Se trata de saber por qué es á la vez aborrecida y amada, por qué convence y no convence, por qué es centro de atraccion y de

repulsion, por qué es como el sol, que atrae á sí á los astros y les hace describir una curva que no les permite ni confundirse con él, ni huir á un espacio donde no ejerza accion sobre ellos. Esta es la cuestion.

¿La resolveremos diciendo que hay en la doctrina católica bien y mal, bien que atrae y mal que repele? Pero cuando hay bien y mal en una cosa, esta cosa es mediana, no es ni soberanamente amada, ni soberanamente aborrecida; se la tolera, se la deja pasar, como se deja pasar á un hombre vulgar sin verle. Ahora bien, la humanidad no pasa al lado de la doctrina católica, sino que se apodera de ella para atacarla ó para adorarla; se hace su adoradora ó su enemiga, y esto constantemente desde hace diez y ocho siglos. Ved aquí, otra vez, cuál es la cuestion.

¿Cómo explican los talentos distinguidos en estos últimos tiempos este enigma maravilloso? Han dicho, y aquí, Señores, vais á reconocer una doctrina grave, una doctrina que hace justicia hasta cierto punto á los fenómenos que se suceden en el mundo; no es esta ya la doctrina del último siglo, sino un pensamiento mas elevado, mas digno, mas pacífico. Han dicho que la humanidad es victima de dos fuerzas: una fuerza liberal, independiente, soberana, que es la razon; y otra fuerza, generosa tambien, ardiente y mal acomodada á los límites en que la razon se encierra, que quiere traspasarlos, unirse á Dios y recibir en una palabra revelada una regla de sus acciones y de sus juicios; esta es la fe. La lucha de estas dos fuerzas, la fuerza racional con la fuerza religiosa, no ha nacido sino en la época del cristianismo, porque no estando la religion antes del cristianismo dignamente representada, la fe no hallaba en el mundo un apoyo suficiente á sus inspiraciones. La razon trataba entonces á la religion con deferencia, como una hermana que no podia disputarle

su trono, y á quien convenia tratar bien por respeto á su debilidad misma; pero cuando apareció el cristianismo, cuando se propagó la buena nueva, se hizo necesario que la razon humana contase con la palabra divina, y que habiéndose aumentado la fuerza de la fe se aumentase tambien la fuerza de la razon, se mantuviese en su campamento y disputase el terreno palmo á palmo. La historia de esta lucha es toda la historia de la humanidad desde hace diez y ocho siglos. Si, se dice, la fe es un poder grande y venerable; si, hay en el mundo una palabra divina, cualesquiera que sean su origen y su naturaleza, y esta palabra tiene una soberanía: nadie desde Jesucristo ha podido quitársela, y probablemente nunca se la quitará nadie, ni es de desear que nadie se la quite; pero tambien la razon es soberana, y la fe no la destronará, como tampoco la razon destronará la fe. Es forzoso que se respeten una á otra; es forzoso que si no se unen intimamente, reconozcan al menos sus derechos respectivos y su dignidad. El tiempo salvaje de la irreligion ha pasado; el tiempo bárbaro, que se consideraba como religioso, ha pasado asimismo; la humanidad es á la sazón como el sol, que reconoce dos leyes de su poder, y que se destruiria violando la una ó la otra. Ved aqui la doctrina imaginada para explicar el antagonismo del espíritu humano con respecto al catolicismo.

Ahora bien, Señores, yo reconozco estas dos fuerzas de que os hable; nunca las ha disputado la Iglesia. Sí, hay dos fuerzas en el espíritu humano: la razon fundando su principio en el orden natural, y la religion transmitida de edad en edad hasta nosotros por la via de la tradicion y de la autoridad; pero la falsedad del sistema consiste en querer que el autor del género humano le haya dado dos fuerzas cuyas tendencias sean contradictorias en vez de con-

currir armónicamente; es decir, que siendo la unidad la ley de todos los seres, siendo una unidad absoluta para todo lo que vive, Dios hubiera colocado en el seno del género humano dos fuerzas enemigas, irreconciliables; y esto no es posible. El sér y la unidad son una misma cosa, como ha dicho perfectamente santo Tomás. El género humano no ha salido de Dios al estado del maniqueismo. Hay en nosotros dos principios que se armonizan; la razon y la fe han dado siempre el mismo sonido, aunque de un modo diferente. Son como las dos arpas eólica y jónica: el arpa eólica, suspendida en las selvas, sonaba bajo la accion libre de los vientos; el arpa jónica era pulsada por la sabia mano de los artistas: pero ambas se entendian y respondian mutuamente á sus vibraciones. La razon es como el arpa de Eolia, salvaje, abandonada á si misma, inspirándose y animándose en las tempestades; la fe es como el arpa de Jonia, mas regularizada, mas segura de si misma, mas divina; pero la lira de la naturaleza y la del arte, la lira de los hombres y la de los hijos de Dios, ambas en el fondo entonan el mismo cántico: hablan de Dios al universo, anuncian, profetizan, le rinden gracias, arrebatan al hombre á la inmortalidad por su vibracion armoniosa y unánime. La razon voluntariamente orgullosa es la que no percibe los sonidos de la fe; la fe ignorante es la que no percibe los sonidos de la razon ni le hace justicia. Sí, como dijo Hipócrates del cuerpo humano, todo concurre y está acorde en la humanidad: la razon y la fe, la razon de los hombres de Estado, la razon de los hombres de genio, la razon popular, todo es hermano, conciuadano, armónico; y si hay lucha, no está su causa en los elementos de nuestra constitucion, porque seria suponer que la contradiccion es nuestro principio de vida; lo cual es absurdo, porque la con-

tradiccion es la muerte, y nosotros no hemos sido creados muertos, sino vivos.

Llego á la conclusion.

En toda doctrina intrínsecamente considerada he dicho ya que no descubriréis mas que dos elementos, el error ó la verdad; la verdad, que da valor á la doctrina; y el error, que le quita su precio. Luego para explicar el fenómeno del antagonismo del espíritu humano respecto de la doctrina católica, no contamos mas que con dos elementos posibles; el error ó la verdad. Ahora bien, yo digo que el error no explica este antagonismo, y aun que no puede producirlo, porque el error no produce certidumbre racional, es decir, una conviccion reflexiva, soberana é inmutable; y así lo he demostrado en el Sermon antecedente. En segundo lugar, tampoco el error produce respecto de sí mismo esa repulsion profunda y perseverante que se manifiesta en la humanidad respecto de la doctrina católica, porque el error halaga al hombre; porque nunca, en ningun lugar ni tiempo, le ha aborrecido vigorosa y perseverantemente como á la doctrina católica. Queda, pues, la verdad como causa del antagonismo que nos ocupa; y con efecto, la verdad debe engendrar por una parte la certidumbre y el amor, y por otra la repulsion mas obstinada. Si el hombre posee un alma inteligente, tiene tambien un corazon corrompido; ama su libertad y sus vicios; sufre con impaciencia que se le condene, y como nada hay mas puro en el mundo que la doctrina católica, como es la santidad por excelencia, debe naturalmente excitar contra sí misma una repulsion tan fuerte como el amor que inspira y obtiene.

Ved aquí, Señores, en dos palabras la solucion del problema. Habeis visto en vosotros dos polos: uno que conduce á la verdad, y otro que es su antípoda. Este es el pensamiento de S. Pablo cuando dice, que

conoce en su sér dos hombres, uno que se conforma con el espíritu de Dios, y otro que se rebela contra él. Lo que prueba la verdad de la doctrina católica no es solamente la certidumbre racional que ella exige, sino tambien la repulsion que engendra; si no produjera estos dos fenómenos contradictorios, siendo el hombre lo que es, no seria ella santa, verdadera y divina. Esto es cosa demostrada, Señores, y nada mas tengo que deciros. Me engaño; todavia tengo que deciros algo á vosotros que en este siglo y en este país, que son los nuestros, habeis conocido y aceptado la verdad, á vosotros que sois la esperanza y la corona presente de la Iglesia de Dios. ¡Oh amigos míos! solo Dios conoce vuestros destinos; pero suceda lo que quiera, primero y ante todo, no os sorprendais; el cristianismo católico es Milon de Crotone sobre su disco oleoso; ninguno le hará resbalar, y ninguno le arrancará de allí. Cuando veais, pues, arreciar los vientos, ennegrecerse las nubes, acordaos que si vuestro encargo es probar la verdad de la doctrina por la firmeza de vuestra adhesion y de vuestro amor, el de vuestros adversarios es probarla tambien, á pesar suyo, por la violencia de su repulsion; acordaos que este es el choque permanente de estas dos espadas sobre la cabeza de la Iglesia, que forma eternamente su arco de triunfo. Y en segundo lugar, ¡oh amigos míos! sean vuestras virtudes siempre mas grandes y mas visibles que vuestros infortunios, á fin de que la posteridad, que es el primer juicio de Dios, encontrándoos por tierra, os encuentre como á esos soldados que caen con el pecho hácia el enemigo, y prueban hasta muertos que eran dignos de vencer, si el valor y el derecho obtuviesen siempre la victoria.